

---

## ACTO TERCERO.

---

### ESCENA PRIMERA.

Troya.—Habitación en el palacio de Priamo.

Entran un SIRVIENTE y PANDARO.

PÁND.—Amigo, por favor, una palabra. ¿No sigues tú al noble joven Paris?

SIRV.—Sí, señor, cuando va delante de mí.

PÁND.—Digo si no dependes de él.

SIRV.—Sí; dependo de ese señor.

PÁND.—Dependes de noble caballero. Me es forzoso alabarlo.

SIRV.—Alabado sea el Señor.

PÁND.—Me conoces, ¿no es cierto?

SIRV.—Señor, superficialmente.

PÁND.—Conóceme mejor, amigo. Soy el señor Pándaro.

SIRV.—Confío en que te conoceré mejor.

PÁND.—Así lo espero.

SIRV.—¿Estás aquí de gracia?

PÁND.—¡De gracia! Nada de eso. Señoría y excelencia son mis distintivos. (Música dentro.) ¿Qué música es ésa?

SIRV.—La conozco sólo parcialmente. Es música en partes.

PÁND.—¿Conoces á los músicos?

SIRV.—Totalmente.

PÁND.—¿Para quiénes tañen?

SIRV.—Para los oyentes.

PÁND.—Amigo, ¿á deseos de quién?

SIRV.—A deseos míos y de todos los aficionados.

PÁND.—Orden, digo.

SIRV.—¿Quién falta al orden?

PÁND.—Amigo, no nos entendemos. Soy harto cortés, y tú harto ladino. ¿A instancias de quién tañen estos músicos?

SIRV.—Eso es. ¡Vaya! Sí, señor. A instancias de mi señor Paris, quien está con ellos, y con él la Venus mortal; la esencia misma de la belleza; el alma invisible del amor....

PÁND.—¿Quién? ¿Mi sobrina Crésida?

SIRV.—No, señor; Helena. ¿No lo pudiste haber adivinado por sus atributos?

PÁND.—Según parece, tú no has visto á Crésida. Vengo á ver á Paris de parte del príncipe Troilo. Voy políticamente á atacarlo, porque el asunto chispea.

SIRV.—¡Asunto chispeante! ¡Vaya una frase de cocina!

Entrán PARIS y HELENA, con acompañamiento.

PÁND.—Buenos días, señor, é igualmente á tan buena compañía. Buenos deseos en buena medida á buen fin os lleven, especialmente á ti, buenísima Reina, y buenos pensamientos te sirvan de buena almohada.

HELENA.—Querido señor, repleto estás de buenas palabras.

PÁND.—Tu buena voluntad, dulce Reina, así se expresa. Buen Príncipe, aquí tenemos excelente música interrumpida.

PARIS.—Tú la interrumpiste, y por vida mía que has de componer la interrupción interrumpiéndola con un trozo de tu propia cosecha. Helenilla, está repleto de armonías.

PÁND.—Señora, juro que no.

HELENA.—Vamos.....

PÁND.—Es áspera mi voz. Francamente, muy áspera.

PARIS.—Bien dicho. Lo dices con sonsonete.

PÁND.—Traigo un mensaje á mi señor, amada Reina. Señor, ¿me permites una palabra?

HELENA.—Pues con eso no me das esquinazo. Te tengo de oír cantar.

PÁND.—¡Vaya, dulce Reina, chanceas á costa mía! (Á Paris.) Pero vamos, es lo siguiente, señor. Mi estimado y querido señor, tu hermano Troilo.....

HELENA.—¡Mi señor Pándaro! ¡Señor almibaradísimo!

PÁND.—Anda, anda, dulce Reina. (Á Paris.) Cariñosamente te saludo.

HELENA.—No me escamotearás tu canción. Si lo hicieras, caiga mi mortificación sobre tu cabeza.

PÁND.—¡Dulce Reina, dulce Reina! ¡Vaya, dulce Reina! á fe.....

HELENA.—Entristecer á una dulce dama es amarga ofensa. No te vale esa excusa. ¡Francamente, no te vale! No hago caso de semejantes palabras. Que no.

PÁND.—(A Paris.) Y mi señor desea que si el Rey pregunta por él á la hora de la cena, que lo excuses.

HELENA.—Señor Pándaro.....

PÁND.—¿Qué dice mi dulce Reina, mi dulcísima Reina?

PARIS.—(A Pándaro.) ¿Qué hazaña trae entre manos? ¿Dónde cena esta noche?

HELENA.—Pero vamos á ver, señor mío.....

PÁND.—¿Qué dice mi dulce Reina? (Á Paris.) Mi sobrina se incomodaria; no debéis saber dónde cena.

PARIS.—(A Pándaro.) Apuesto la vida á que es con mi señora Crésida.

PÁND.—(Á Paris.) No, no, no, nada de eso; no das en el blanco. Su señoría está indispuesta.

PARIS.—Está bien. Lo excusaré.

PÁND.—Corriente, señor. ¿Por qué nombraste á Crésida? Su pobre señoría está indispuesta.

PARIS.—Adivino.

PÁND.—Adivinas, y ¿qué adivinas? Vamos, denme un instrumento. Ahora, dulce Reina.

HELENA.—¡Cuánta amabilidad!

PÁND.—Mi sobrina está terriblemente enamorada de una cosa que posees tú.

HELENA.—Pues la tendrá, con tal que no sea mi dueño Paris.

PÁND.—¡Bah! No lo quiere. Ella y él son dos.

HELENA.—Si concuerdan después de su discordancia, pueden ser tres.

PÁND.—Vamos, vamos. No quiero oír más. Ahora te cantaré una canción.

HELENA.—¡Sí, sí, por favor! A fe mía, dulce señor, que tienes hermosa frente.

PÁND.—¡Búrlate, búrlate!

HELENA.—Que tu canción sea canción de amor. Este amor nos perderá á todos. ¡Oh Cupido, Cupido, Cupido!

PÁND.—De amor. Por supuesto que sí.

PARIS.—Si, vamos. Amor, amor, y nada más que amor.

PÁND.—A fe que así principia.

(Canta.)

¡Amor, Amor! Eterno es tu reinado.  
 De Amor el dardo amaga  
 A cierva y á venado;  
 Mas no es mortal la llaga  
 Que infiere al que ha alcanzado;  
 Que en vez de herir, halaga.  
 «¡Ay, ay, ay! muero», exclama el amador;  
 Mas pronto cesará  
 Su grito de dolor;  
 Que su ¡ay, ay, ay! se torna en ¡ja, ja, ja!  
 Quien de ese modo muere,  
 De vida lleno está.  
 Un ¡ay, ay, ay! profiere,  
 Un ¡ay, ay, ay! que pide un ¡ja, ja, ja!

HELENA.—Amor, á fe mía, hasta la punta de las narices.

PARIS.—Come sólo tórtolas, amor mío, y eso cría sangre ardiente; y la sangre ardiente engendra ardientes pensamientos; y los pensamientos ardientes, ardientes hechos; y ardientes hechos, son amor.

PÁND.—¿Es ésa la genealogía del amor? Sangre ardiente, pensamientos ardientes y hechos ardientes. ¿Áspides son, por ventura, y el amor es una generación de áspides? Caro señor, ¿quién ha salido hoy al campo?

PARIS.—Héctor, Deífobo, Heleno, Antenor y toda la flor y nata de Troya. Hoy hubiera querido armarme; pero mi Helena no me lo ha permitido. ¿Cómo es que mi hermano Troilo no ha salido?

HELENA.—Se le cae la baba por algo. Tú lo sabes, amigo Pándaro.

PÁND.—Yo no, dulcísima Reina. Ansío saber lo que haya ocurrido hoy. ¿Te acordarás de excusar á tu hermano?

PARIS.—Sin falta alguna.

PÁND.—Adiós, dulce Reina.

HELENA.—Memorias á tu sobrina.

PÁND.—Se las daré, dulce Reina.

(Vase.)

(Suena retirada.)

PARIS. A ver á los que ya del campo tornan  
A la mansión de Príamo acudamos,  
Amada Helena, y yo te rogaría  
Que al Héctor nuestro á desarmar ayudes.  
Sus tenaces hebillas, á tus blancas  
Manos encantadoras más propicias  
Se mostrarán que á filos acerados  
Ó á músculos de Griegos vigorosos.  
Más harán que esos reyes insulares  
Lograron del gran Héctor: desarmarlo.

HELENA. A gala tengo yo, Paris, servirle.  
Lo que el deber me ordena concederle  
Añade nuevo timbre á mi hermosura.  
Es la verdad, la eclipsa.

PARIS. ¡Prenda mía!  
Mi amor se deja atrás al pensamiento.

(Vanse.)

## ESCENA II.

El jardín de Pándaro.

Entran, encontrándose, PÁNDARO y un SIRVIENTE de Troilo.

PÁND.—Vamos á ver, ¿en dónde está tu amo? ¿En casa de mi sobrina Crésida?

SIRV. No, señor. Te espera para que allí la conduzcas.

PÁND.—¡Oh! Aquí viene.

Entra TROILO.

Vamos, vamos.

TROILO.—Vete.

(Vase el sirviente.)

PÁND.—¿Has visto á mi sobrina?

TROILO.—No, Pándaro. Rondando estoy su casa;  
Alma virgen, que aguarda en la ribera  
De la laguna Estigia su traslado.  
Sé mi Caronte tú. Rápidamente  
Transpórtame á esos campos, donde logre  
En sus lechos de lirios revolcarme,  
Que á bienaventurados se reservan.  
Oh Pándaro gentil, quita á Cupido  
Sus matizadas alas, y tu vuelo,  
Llevándome hacia Crésida, dirige.

PÁND. Pasea en el jardín, que vuelvo pronto.

(Vase.)

TROILO. Me marea, me aturde la esperanza.  
 Tan dulce es este goce imaginado,  
 Que encanta mi sentir. ¿Qué va á pasarme  
 Si del amor el refinado néctar  
 Mi humedecido paladar cautiva?  
 Temo la muerte, destructor desmayo,  
 O ventura, quizás, harto exquisita,  
 Harto sutil y por demás potente;  
 Harto aguda en la escala de lo dulce  
 Para las toscas fibras de mi alma.  
 Mucho lo temo, y, además, me temo  
 No poder discernir entre esos goces,  
 Como ocurre en la guerra, si acosamos  
 Al enemigo que en tropel se evade.

Vuelve á entrar PÁNDARO.

PÁND.— Se está arreglando. Ahora mismo viene.  
 Aguza el ingenio. ¡Está tan avergonzada! Con el  
 aliento tan agitado como si la acosara algún fantasma.  
 Yo la traeré. Es la villana más bonita del mundo. Res-  
 pira tan agitada como gorrion acabado de atrapar.

Vase.

TROILO. Idéntica emoción mi pecho embarga;  
 Con más violencia el corazón me late  
 Que el pulso con la fiebre, y las potencias  
 De mi alma se turban, cual se turba  
 Vasallo al ver la majestad de pronto.

Vuelve á entrar PÁNDARO con CRÉSIDA.

PÁND.— Vamos, vamos. ¿Qué necesidad hay de son-

rojarse? La vergüenza es niño de teta. Aquí está. Júrale lo que me has jurado á mí. ¡Qué! ¿te vas? ¿Cuidar de ti será preciso para que te amances? Anda, anda. Aunque quieras retroceder te haré entrar en varas. ¿Por qué no le hablas tú? ¡Vamos! Levanta esa cortina, y véase tu retrato. ¡Qué lástima! ¡Cómo teméis ofender al día! Si hubiera obscuridad, más pronto os acercaríais. Así, así. Sobarse, y á besar á la doncella. ¡Cómo! ¡un beso á perpetuidad! Construye ahí, carpintero. Corre buen aire. Nada, hasta que hayáis concluido no os separaré. Lo mismo caza patos el halcón que su pareja. Anda, anda.

TROILO.—Me has dejado sin palabras.

PÁND.—Palabras no pagan deudas. Dale hechos. Pero quizá también te deje sin hechos si te pone á prueba. ¿Cómo? ¿Picoteándoos otra vez? Con que «en testimonio de lo cual las partes contratantes.....» Entrad, entrad. Haré que enciendan fuego.

(Vase.)

CRÉS.—Señor, ¿quieres entrar?

TROILO.—¡Oh Crésida! ¡Cuántas veces he deseado verme así!

CRÉS.—¿Deseado, señor? ¡Quieran los dioses!..... ¡Oh señor!

TROILO.—¿Qué han de querer? ¿A qué tan linda interrupción? ¿Qué raras heces contemplas, dulce dama mía, en la fuente de nuestro amor?

CRÉS.—Más heces que agua, si ojos tienen mis temores.

TROILO.—Los temores hacen de ángeles demonios. Nunca ven claramente.

CRÉS.—El temor ciego, á quien la razón con ojos guía, camina con más seguro pie que la razón ciega que sin

temor tropieza. Temer lo peor, á menudo evita lo peor.

TROILO.—¡Oh! Nada tema la dama mía. En el escenario de Cupido no aparece monstruo alguno.

CRÉS.—¿Ni nada monstruoso?

TROILO.—Nada. Nuestros votos no más, cuando juramos llorar mares, vivir en el fuego, devorar peñascos y amansar tigres, creyendo que es más arduo para nuestra dama inventar tareas que para nosotros soportar las dificultades impuestas. En el amor, señora, está la monstruosidad; que la voluntad es infinita, y restringida la ejecución; que el deseo es ilimitado, y el acto siervo del límite.

CRÉS.—Se dice que todos los amantes juran hacer más de lo que pueden, y que, sin embargo, se reservan el poder de hacer lo que nunca hacen; que juran lo equivalente á diez, y no ejecutan ni la décima parte de una unidad. Quienes tienen voz de leones y acciones de liebres, ¿no son monstruos?

TROILO.—¿Hay gente así? Yo no soy de éstos. Pruébame, y luego alábame. Lo que valiere yo, concédeme. Al aire irá mi cabeza hasta que la corone el mérito. Ninguna perfección en perspectiva alábase de presente. No hablemos de merecimientos antes que nazcan, y cuando nacieren, modesto premio alcancen. Pocas palabras declararán mi sincera fe. Troilo será para Crésida de tal manera, que la maledicencia más envenenada sólo podrá burlarse de su sinceridad, y la verdad más sincera no podrá ser más sincera que Troilo.

CRÉS.—¿Quieres entrar?

Vuelve á entrar PÁNDARO.

PÁND.—¡Cómo! ¿Todavía con sonrojos? ¿No habéis acabado de hablar?

CRÉS.—Está bien. Te dedico las locuras que cometa.

PÁND.—Te lo agradezco. Si tu señor te hace un chico, regálamelo. Sé fiel á mi señor. Si él fallare, regáñame.

TROILO.—Ya sabes cuáles son tus rehenes. La palabra de tu tío y mi firme fe.

PÁND.—Es más. También á ella la garantizo. En nuestra familia, las hembras son difíciles de ganar al amor; pero cuando se entregan son constantes. Son, te lo aseguro, bardana que se agarra adonde cae.

CRÉS. De mí la audacia se apodera, y tengo  
Para hablarte valor. Príncipe Troilo,  
Yo de día y de noche te he querido  
Há muchos tristes meses.

TROILO. ¿Pero por qué fué Crésida tan dura  
De vencer?

CRÉS. Dura sólo en la apariencia.  
Vencida fui, señor, con la mirada  
Primera que..... Perdóname. Si tanto  
Confieso, quizá déspota te tornes.  
Hoy te amo; mas antes no hasta el punto  
De no poderme dominar..... mentira.  
Mis pensamientos, niños mal criados,  
Tereos para su madre se mostraban.—  
¡Qué necias somos! ¿Para qué lo digo?  
¿De quién fiarnos, si nosotras mismas  
No sabemos guardar nuestros secretos?  
Te amaba, pero nunca te lo dije;  
Mas hombre, francamente, ser ansiaba,  
O que tuviera la mujer del hombre  
Para primero hablar, prerrogativa.  
Ordéname callar, amado mío,  
O en el éxtasis este puedo, acaso,

Decir aquello que después deplora.  
 Ya lo ves, ya lo ves. Ese silencio,  
 Astuto en su mudez, de mi flaqueza,  
 Para robarme el juicio que me rige,  
 Se ha prevalido. Tápame la boca.

TROILO. Sí, por más que su música me encanta.

(La besa.)

PÁND. Muy bonito.

CRÉS. Te suplico, señor, que me perdones,  
 Pues no era mi intención pedirte un beso.  
 Avergonzada estoy. ¡Cielos! ¿Qué hice?  
 De ti es preciso despedirme ahora.

TROILO. ¿Despedirte de mí, Crésida bella?

PÁND. ¡Despedirse! Quizás hasta mañana  
 La despedida dilatar procure.

CRÉS. ¡Cállate, por favor!

TROILO. ¿Qué te perturba?

CRÉS. Mi propia compañía.

TROILO. No es posible  
 Que tú la eludas.

CRÉS. Déjame intentarlo.

Una segunda yo vive contigo.  
 Yo cruel, que desierta de sí misma,  
 Y de otro en juguete se transforma.  
 Debo marcharme. ¿Dónde está mi juicio?  
 Ni lo que digo sé.

TROILO. Muy bien lo saben  
 Quienes hablan de modo tan discreto.

CRÉS. Acaso pensarás que más astucia  
 Que amor mostré; que confesión tan amplia  
 Cebo fué procurando tu cariño;  
 Mas si eres tan discreto, no me quieres:

Que amar y ser discreto á los humanos  
Concedido no es. Eso es de dioses.

TROILO. En la mujer creyera que es posible  
(Y, si es posible, en ti quizá lo sea)  
Alimentar la lámpara y el fuego  
De amor eternamente, y, pura y joven,  
Mantener una fe que sobreviva  
A la exterior belleza, con un alma  
Que renace á la par que el cuerpo muere.  
¡Oh, si yo consiguiera persuadirme  
De que mi ingenuidad y fe cumplidas  
Pudieran igualarse, equilibrarse  
Con otro amor tan puro y refinado,  
Éxtasis para mí cuán grande fuera!  
Mas ¡ah! veraz cual la verdad sin arte  
Me manifiesto yo, menos astuto  
Que la verdad en boca de la infancia.

CRÉS. Sobre ese tema lucharé contigo.

TROILO. ¡Oh, bienhadada lucha cuando lucha  
Contra lo bueno el bien, porque aparezca  
Cuál es el bien mayor! En lo futuro  
Jurarán los amantes verdaderos  
En el mundo su fe de Troilo en nombre.  
Cuando sus versos llenos de protestas,  
Juramentos y tropos atrevidos  
Similes necesiten, ya cansados  
De la repetición de ser tan fieles  
Como el acero, ó plantas á la luna,  
Al alba el sol, la tórtola á su esposo,  
Como el hierro al imán, al centro el mundo,  
Y todas las metáforas se agoten,  
Como auténtico autor á mí me citen  
De la lealtad, y «tan leal cual Troilo»

Corone el verso y santifique el ritmo.  
 CRÉS. ¡Ojalá proféticas! Si me muestro  
 Falsa, ó de la verdad discrepo un punto,  
 Cuando de sí se olviden las edades,  
 Cuando destruya gota á gota el agua  
 Los sillares de Troya, y cuando engulla  
 Las poblaciones el olvido ciego;  
 Y, sin historia, estados poderosos  
 Se reduzcan al polvo de la nada,  
 El recuerdo, al fijarse en las falsías  
 Que las doncellas todas perpetraron,  
 Culpe mi falsedad, y habiendo dicho  
 Tan falsa como el agua, como el aire,  
 Como el viento, la arena, cual la zorra  
 Al corderillo, á la ternera el lobo,  
 A la cierva el leopardo, ó la madrastra  
 A su hijastra, á una voz todos exclamen,  
 De la falsía el corazón hiriendo:  
 «Tan falsa como Crésida».

PÁND.—Anda, anda. Trato hecho. Á sellarlo, á sellarlo. Yo seré testigo. Esta es tu mano. Esta es la de mi sobrina. Si os mostráis recíprocamente infieles después del trabajo que me he tomado yo para uniros, que todos los miserables intermediarios se llamen como yo hasta la consumación de los siglos. Llámense Pándaros; y todos los inconstantes Troilos, y todas las falsas Crésidas, y todos los rufianes Pándaros. Decid amén.

TROILO.—Amén.

CRÉS.—Amén.

PÁND.—Amén. En virtud de lo cual os conduciré á una alcoba donde hay un lecho, lecho que, como no ha de hablar de vuestros dulces combates, podéis estrechar hasta la muerte. Idos.

Proporcione Cupido á toda dama  
Pándaro mediador, alcoba y cama.

(Vanse.)

### ESCENA III.

El campamento griego.

Entran AGAMENÓN, ULISES, DIÓMEDES, NÉSTOR,  
AYAX, MENELAO y CALCAS.

CALCAS. Por los servicios, príncipes, que os hice,  
Hoy la ocasión á reclamar me impulsa  
En alta voz la recompensa mía.  
Recordad que, por serme conocidos  
Los intentos de Jove, huí de Troya.  
Dejé todos mis bienes; en la tacha  
De traidor incurrí, de establecidas  
Comodidades me privé, de inciertas  
Aventuras en pos, y secuestrado  
De todo cuanto el hábito y el tiempo  
Y la amistad hicieron familiares  
Á mi naturaleza y circunstancias;  
Y, al transformarme, aquí para serviros  
Como extranjero é ignorante vine  
Cual si acabara de llegar al mundo.  
Ruego, pues, que hoy me deis ligera muestra  
De esos múltiples premios prometidos  
Y que decís que el porvenir me guarda.

AGAM. Troyano, ¿qué pretendes? Dilo luego.

CALCAS. Prisionero á un Troyano ayer cogisteis,  
Que se llama Antenor, á quien estiman

En Troya grandemente. Con frecuencia  
 —Y gracias con frecuencia os di por ello—  
 Propusisteis que fuese canjeada  
 Dignamente mi Crésida, mas nunca  
 Troya lo consintió. De tal manera  
 Es llave este Antenor de sus negocios,  
 Que perturbados todos sus asuntos  
 Sin su manejo quedarán, y en cambio  
 Casi á un príncipe egregio nos darían  
 Ó á algún hijo de Príamo. Debierais  
 Allí enviarlo, príncipes excelsos,  
 Y comprar á mi hija de ese modo,  
 Pagándome en completo mis servicios,  
 Aun los que fueron de mayor valía.

AGAM. Que Diómedes lo lleve, y que nos traiga  
 Á Crésida á este sitio. Lo que pide  
 Tendrá Calcas. Buen Diómedes, al punto  
 Para este cambio efectuar disponte;  
 Y averigua, además, si Héctor aun quiere  
 Su reto mantener. Ajax dispuesto  
 A responder está.

DIÓM. Me enorgullece  
 La misión que me dais.

(Vanse Diómedes y Calcas.)

Entran AQUILES y PATROCLO ante su tienda.

ULISES. Está á la puerta de su tienda Aquiles.  
 Al iros, general, dadle de lado  
 Cual si perdido hubierais su recuerdo;  
 Y, príncipes, vosotros en conjunto  
 Desatentos miradle ó distraídos.

Quizá cuando yo pase me pregunte  
 Por qué razón lo miran de reojo.  
 Si lo hiciese, una pócima de burlas  
 Tengo en reserva yo para este choque  
 De vuestra frigidez y de su orgullo,  
 Que querrá propinarse de buen grado;  
 Y puede aprovecharle, pues no tiene  
 Otro espejo el orgullo que el orgullo.  
 Genuflexiones la soberbia aumentan  
 Y con tal paga los soberbios cuentan.

AGAM. Adoptaré tu plan, é indiferente  
 Me mostraré cuando á su lado pase.  
 Nobles, haced vosotros esto mismo:  
 No saludéis, ó con desdén, si acaso,  
 Lo que será peor que ni mirarle.  
 Yo os mostraré el camino.

AQUIL. ¡Cómo! ¿Viene  
 A hablarme el general? Pues conocida  
 Es mi opinión. No lucho contra Troya.

AGAM. ¿Qué dice Aquiles? ¿Qué es lo que le ocurre?

NÉST.—Con el jefe, señor, ¿qué se os ofrece?

AQUIL.—Nada.

NÉST.—Nada, señor.

AYAX.—Tanto mejor.

(Vanse Agamenón y Néstor.)

AQUIL.—Buenos días, buenos días.

MEN.—¿Cómo estás? ¿Cómo estás?

(Vase.)

AQUIL.—¡Cómo! ¿Ese cornudo se burla de mí?

AYAX.—¡Hola, Patroclo!

AQUIL.—Buenos días, Ayax.

AYAX.—¡Ah!

AQUIL.—Buenos días.

AYAX.—Si tal, y buenas tardes también.

(Vase.)

AQUIL. ¿Qué hace esta gente? ¿A Aquiles no conoce?

PATR. Pasan indiferentes. Inclinarse

Y sonreír solían ante Aquiles.

A su presencia humildes se acercaban

Cual si á sacros altares acudieran.

AQUIL. ¡Tan poco valgo ya! Cuando la suerte

Abandona á los grandes, de seguro

Los mortales también los abandonan.

Antes descubre en los ajenos ojos

Lo que es el que cayó que en su caída.

Porque los hombres son cual mariposas

Que al verano no más sus alas baten.

No hay hombre á quien se honre por ser hombre.

Honores á él ajenos lo enaltecen

Cual la cuna, el favor ó las riquezas,

Que del azar cual del valor son premios.

Si esos soportes tan inestables caen,

El inestable cariño que se apoya

En ellos también cae, y todo ello

Conjuntamente se desploma y muere.

Conmigo eso no reza. La fortuna

Y yo somos amigos. Gozo ahora

Con toda plenitud cuanto he tenido,

Si el favor de esos hombres exceptúo;

Quienes en mí, quizás, han descubierto

Algo que no merece los favores

Que á manos llenas me otorgaron antes.

Ulises aquí llega. Su lectura

Interrumpo. ¡Hola, Ulises!

ULISES. ¡Hola, insigne

Hijo de Tetis.

AQUIL. Dime, ¿qué leías?

ULISES. Esto me escribe un ente extravagante:  
 «Que el hombre, por dotado que se encuentre  
 En su exterior ó su interior, altivo  
 No debe pregonar sus cualidades;  
 Porque no puede percibir sus dotes  
 Sino por reflexión. Esas virtudes  
 Sobre otros brillan y calor les prestan;  
 Y, á su vez, éstos el calor devuelven  
 Al primitivo bienhechor.»

AQUIL. Ulises,

Eso no es nuevo. La beldad del rostro  
 Por el dueño ignorada, se evidencia  
 A ojos ajenos. Ni aun el ojo mismo,  
 El órgano más fino que nos sirve,  
 A sí propio se ve, ni de sí sale.  
 Mas mirándose un ojo en otro ojo  
 Se saludan, su forma contemplando,  
 Porque á nosotros mismos no nos vemos  
 Hasta que de nosotros no salimos  
 Y reflejada vemos nuestra imagen.  
 En eso yo no veo nada extraño.

ULISES. No recalco la tesis, que es ya vieja,  
 Pero sí la intención de quien escribe,  
 Pues ampliamente prueba que de nada  
 Puede ser dueño nadie en absoluto,  
 Aunque en sí mismo y fuera de sí mismo  
 Mucho tuviese, mientras no divida  
 Con los demás sus propias cualidades.  
 Nunca podrá saber lo que éstas valgan

Hasta que destacadas no las vea  
 Cuando tomaren cuerpo en el aplauso,  
 Bóveda que el sonido repercute,  
 Puerta de acero por el sol herida,  
 Que al sol devuelve su calor é imagen.  
 Esto me preocupaba grandemente;  
 Y vino al punto mismo á mi memoria  
 El ignorado Ajax.  
 Y ¡vaya un hombre, cielos! Es caballo  
 Que ni sabe siquiera lo que carga.  
 ¡Naturaleza! ¡Cuántas cosas vemos  
 Que se tienen en poco y valen mucho!  
 ¡Cuántas, por otra parte, que se estiman  
 Y de valor escaso! Pues mañana  
 Hemos de ver. (Es cosa que la suerte  
 Pone en su senda.) A Ajax con nombradía.  
 ¡Oh cielos, lo que algunos hombres hacen,  
 Y lo que dejan sin hacer algunos!  
 ¡Cómo de la fortuna caprichosa  
 En el palacio algunos se introducen  
 Mientras papel de tontos otros hacen!  
 La gloria de un mortal otro se come;  
 Porque la gloria, envanecida, ayuna.  
 ¡Son de ver estos principes de Grecia!  
 Hoy ya pasan la mano y acarician  
 A ese bruto de Ajax, cual si tuviese  
 La planta sobre el pecho de Héctor puesta  
 Y Troya retemblara.

AQUIL. Verdad es eso. Junto á mí pasaron  
 Como pasa el avaro ante el mendigo.  
 Ni palabra cortés me dirigieron,  
 Ni un saludo. ¿Se olvidan mis proezas?

ULISES. Camina con alforjas á la espalda

El tiempo, y mete en ellas las limosnas  
Que recogiendo va para el olvido,  
Para la ingratitud, para ese monstruo  
Gigantesco, que estima cual mendrugos.  
Las heroicas proezas ya pasadas,  
Que no bien se ejecutan se devoran,  
Y que apenas se hicieron se olvidaron.  
Perseverar es lo que brillo imprime  
A nuestra fama. Lo que queda hecho  
Es la cota enmohecida que se cuelga  
Cual recuerdo irrisorio. Los instantes  
Aprovechemos, que la gloria marcha  
Por vía tan angosta, que uno solo  
Por ella puede caminar de frente.  
Ni hay que perder la senda, que mil hijos  
Tiene la envidia y en tropel os siguen.  
Si os detenéis, ó del camino recto  
Os desviáis, cual crece la marea,  
Impetuosos, todos se abalanzan  
Y á la zaga os veréis.  
Corcel caído en la primera fila,  
De retaguardia vil seréis alfombra  
Y atropellado allí, pisoteado.  
Y lo que luego de presente hagan,  
Aunque no iguale á lo que vos hicisteis,  
Lo eclipsará; que el mundo es como el huésped.  
Que apenas da la mano al que se ausenta,  
Y, como si volara, abre los brazos  
Para coger á quien se acerca en ellos.  
Para las bienvenidas las sonrisas,  
Para las despedidas los suspiros.  
¡Oh! pretender el mérito no debe  
Por lo que un tiempo fué premio ninguno,

Porque ingenio, belleza,  
 Alta cuna, vigor, merecimientos,  
 El amor, la amistad, la tolerancia,  
 Cualidades son todas que dependen  
 De la envidia y calumnias de este mundo.  
 De la naturaleza un solo rasgo  
 En prójimo convierte al mundo entero.  
 Todos con voz unánime celebran  
 Noveles fruslerías, aunque fueren  
 Batidas en los moldes del pasado.  
 Y ensalzan más al polvo que se dora  
 Que al oro que se empolva levemente.  
 Para los ojos de lo actual, encomios  
 Merece lo actual. Por eso mismo,  
 Hombre grande y perfecto, no te asombre  
 Que á Ajax los griegos principes aplaudan,  
 Pues se percibe más lo que se mueve  
 Que lo que está en reposo. Te aclamaron  
 En otro tiempo á ti. Te aclamarían  
 Ahora también. Tornaran á aclamarte  
 Si no quisieras sepultarte vivo  
 Y en esa tienda encajonar tu fama;  
 Tú, que hace tiempo en estos mismos campos  
 Con tus gloriosos hechos provocaste  
 Entre los altos dioses la discordia  
 Y al gran Marte indujiste á rebeldía.

AQUIL. De mi abstención son grandes los motivos.

ULISES. Mas los motivos para no abstenerne  
 Aun más heroicos son y poderosos.  
 De una hija de Priamo prendado  
 Se sabe estás, Aquiles.

AQUIL. ¡Ah! ¿Se sabe?

ULISES. ¿Acaso es maravilla?

La activa previsión de todo Estado  
 Conoce cuántos granos atesora  
 De oro Plutón. Abismos increíbles  
 Sondea y adivina pensamientos,  
 Y en su callada cuna los descubre  
 Como los dioses casi. Fuerza oculta,  
 Que no se atreve á descubrir la historia,  
 Hay en el alma de un Estado, y tiene  
 Más divinal poder del que es posible  
 Exprese la palabra ni la pluma.  
 Lo que tú hiciste con respecto á Troya  
 Tan es nuestro cual tuyo, y cuadraría  
 Mejor á Aquiles que venciera á un Héctor  
 Que á Polixena. Y Pirro, que en sus lares  
 Ahora está, con dolor oirá sin duda  
 Resonar la trompeta de la fama  
 En nuestras islas, y á doncellas griegas  
 Estas palabras entonar bailando:  
 «Vence de Héctor Aquiles á la hermana,  
 A Héctor Ajax con fuerza sobrehumana.»  
 Pásalo bien. Yo te hablo como amigo.  
 A un necio deslizarse dejarías  
 Por hielo que romper tú deberías.

(Vase.)

PATR. Te aconsejo del propio modo, Aquiles.  
 Es la mujer impúdica y hombruna  
 Despreciable, cual hombre afeminado  
 Lo es en tiempos de acción. A mí me tachan.  
 Piensan que el no gustarme á mí la guerra,  
 Y la gran amistad que á mí me tienes,  
 Es lo que te refrena de este modo.  
 Hermano, despabilate. Cupido,

Cual caprichoso débil, de tu cuello  
Verás que afloja el amoroso lazo,  
Que, cual si fuese gota de rocío  
En la melena de un león, sacude.

AQUIL. ¿Ajax con Héctor lucha?

PATR. Si por cierto,  
Y alta gloria tal vez de ello recabe.

AQUIL. Es mi reputación la que peligra,  
Y herida está mi fama gravemente.

PATR. Guárdate, pues; que heridas semejantes  
Que uno á sí mismo infiere, mal se curan.  
El dejar de cumplir lo que debemos  
Es orden dar de que en el mismo blanco  
Del peligro nos hieran, y el peligro,  
Sutil cual calentura, nos invade  
Aunque estemos tomando el sol ociosos.

AQUIL. Patroclo amigo, llámame á Tersites.  
Busque el bufón á Ajax, y que le ruegue  
Que, al terminar la lucha, á los Troyanos  
Nobles invite á verme aquí sin armas.  
Deseo femenil, fiero apetito  
Tengo de verme yo con el gran Héctor  
Traje de paz vistiéndose, de hablarle;  
Y cara á cara contemplar su rostro  
A mi satisfacción. Trabajo ahorrado.

Entra TERSITES.

TERS.—¡Maravilla!

AQUIL.—¿Qué?

TERS.—Ajax pasea el campo arriba y abajo, buscándose á sí mismo.

AQUIL.—¿Cómo es eso?

TERS.—Lucha mañana con Héctor en singular combate, y la heroica paliza que va á dar tan proféticamente lo enorgullece, que en silencio desbarra.

AQUIL.—¿Cómo puede ser eso?

TERS.—¡Vaya! Se pavonea como pavo real. Un paso y una parada. Rumia como posadera que no tiene más aritmética que sus sesos para sumar la cuenta. Se muerde el labio con prudente consideración, como si dijera: «En esta cabeza hay talento, pero no sale.» Y lo hay; pero yace allí tan yerto como el fuego en la piedra de chispas, y no aparece sino á fuerza de golpes. Perdido está el hombre para siempre. Si Héctor no lo revienta en el combate, reventará de orgullo. Ni me conoce. Díjele: «Buenos días, Ajax», y me replicó: «Gracias, Agamenón.» ¿Qué pensáis de un hombre que me toma á mí por el general? Se ha convertido en pez terrestre, en sér sin nombre, en monstruo. Baldón de la fama; pues puede llevarse, como justillo de cuero, al derecho ó al revés.

AQUIL.—Tienes que ser mi embajador para con él, Tersites.

TERS.—¡Quién! ¿Yo? Pues sí no contesta á nadie. No se cuida de dar respuestas. El hablar es para los mendigos. Lleva la lengua en sus brazos. Os lo representaré. Que me haga preguntas Patroclo, y veréis la imagen de Ajax.

AQUIL.—A ello, Patroclo. Dile que humildemente deseo que el valiente Ajax invite al valerosísimo Héctor á que venga desarmado á mi tienda, y que procure salvoconducto para su persona del magnánimo é ilustrísimo seiscientas ó setecientas veces excelentísimo Capitán general del ejército griego, Agamenón. Hazlo.

PATR.—Jove bendiga al gran Ajax.

TERS.—¡Oh!

PATR.—Vengo de parte del digno Aquiles.

TERS.—¡Ah!

PATR.—Quien humildemente desea que invites á Héctor á su tienda.....

TERS.—¡Ob!

PATR.—Y que procure salvoconducto de Agamenón.

TERS.—¡Agamenón!

PATR.—¿Qué contestas?

TERS.—Dios te guarde. Con toda el alma.

PATR.—Tu respuesta.

TERS.—Si mañana hace buen tiempo, á las once será ó lo uno ó lo otro. Sin embargo, antes que me coja me lo pagará.

PATR.—Tu respuesta.

TERS.—Dios te guarde. Con toda el alma.

AQUIL.—Vamos. ¿Está así, en este temple?

TERS.—No. Está destemplado así. Cuál será la música que en el subsista cuando Héctor le haya vaciado los sesos, no lo sé; pero creeré que ninguna, á no ser que el violinista Apolo se apodere de sus nervios para convertirlos en cuerdas.

AQUIL.—Ven aquí. Tienes que llevarle una carta en seguida.

TERS.—Dame otra para su caballo, porque ése es el animal más inteligente de los dos.

AQUIL. Mi alma está como fuente perturbada,  
Y ni yo puedo distinguir su fondo.

(Vanse Aquiles y Patroclo.)

TERS.—¡Ojalá que la fuente de tu alma se aclare otra vez para abreviar en ella á un burro! Antes sería yo garrapata de carnero que necio tan animoso.